



TRES EN RAYA

Primero los pobres... pero con más impuestos y menos azúcar

En aquellos tiempos, Gerardo Fernández Noroña se negó a pagar el impuesto de su Boing porque era una injusticia contra el pueblo



Verónica Malo
@maloguzmanvero

Verónica Malo Guzmán / Tres en Raya / Opinión El Heraldo de México Foto: El Heraldo de México

¡Qué neoliberales nos resultó el segundo piso! **El gobierno de Peña Nieto**, en enero de 2014, fue el



primero en implementar un **impuesto a las bebidas azucaradas** con el pretexto de **combatir la obesidad** y, de paso, llenar la **caja de Hacienda**. Diez años después, la **cuarta “transformación”** repite la receta neoliberal con el mismo discurso saludable y el mismo objetivo recaudatorio. Ni siquiera se tomaron la molestia de cambiarle el eslogan.

En aquellos tiempos, **Gerardo Fernández Noroña** se negó a pagar el **impuesto de su Boing** porque era una injusticia contra el pueblo... Todavía en 2021 protestaba por el incremento. Pero ahora, ya en versión institucional, guarda un silencio burbujeante. Seguro cambió el **Boing por Perrier**.

México sigue encabezando el ranking mundial de consumidores de refresco: 163 litros por persona al año, según la OMS y el **Instituto Nacional de Salud Pública**. Eso no se discute. Para ponerlo en contexto, el estadounidense promedio bebe unos 118 litros.

Al mismo tiempo somos también el octavo productor de **azúcar del planeta**, con una agroindustria que en



2023 generó más de medio millón de empleos directos y 2.4 millones indirectos en quince estados. Tampoco se debate. El azúcar representa el 2.5% del PIB agropecuario y un valor de producción superior a 60 mil millones de pesos (Inegi, 2023).

Pero eso no importa. En este país de contrastes, se castiga la caña que da empleo y se premia el edulcorante sintético que da gastritis. Todo sea por la salud del pueblo... y del fisco.

La discusión se ha vuelto surrealista: ¿qué daña más, el azúcar o los edulcorantes? Los expertos no se ponen de acuerdo, pero coinciden en algo: abusar de cualquiera de los dos es malo. El azúcar genera picos de glucosa; los edulcorantes alteran la microbiota intestinal. Y sin embargo, la industria refresquera —Coca-Cola a la cabeza— ya anunció que reducirá el azúcar y aumentará los edulcorantes.

Cambiamos un problema por otro, pero con el sello oficial de “nutrición responsable”. Todo resultado de la presión gubernamental. La Cámara de Diputados, tan



saludable como recaudatoria, aprobó 3.8 pesos por litro a las bebidas con azúcar y 1.5 pesos a las endulzadas con edulcorantes. Un doble golpe al bolsillo: uno por el azúcar y otro por la simulación. Porque si esto fuera realmente por la salud, el gobierno invertiría esos ingresos en educación alimentaria, agua potable o programas comunitarios. Pero no. El dinero se va a la misma licuadora de siempre.

Lo más absurdo es que el impuesto también se aplica a bebidas diseñadas para personas con diabetes o de la tercera edad: productos con carbohidratos de lenta digestión que ayudan a controlar el azúcar en sangre. Encarecer eso no es política pública, es crueldad fiscal.

Y, de paso, volvieron a subir los **impuestos al tabaco**. Ojalá no termine en el clásico “**huachicol fiscal**” de cigarros extranjeros cruzando aduanas sin pagar impuestos. Ya sabemos: se combate el vicio... pero se protege el contrabando.



No es que esté **mal gravar lo dañino**, pero conviene decirlo sin rodeos: quienes más consumen refrescos son los más pobres. Es decir, el nuevo impuesto no castiga al vicio, sino a la pobreza. Así que el eslogan presidencial debería actualizarse: **Primero los pobres... sí**, pero primero para cobrarles el impuesto. Porque en esta 4T de moral endulzada y discurso light, hasta el populismo viene con gas.

POR VERÓNICA MALO GUZMÁN

COLABORADORA

VERONICAMALOGUZMAN@GMAIL.COM